

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

BLAISE CENDRARS, EL HOMBRE SIN COPADO EN LA LITERATURA Y EN LA VIDA

París, Diciembre de 1930.

BLAISE Cendrars es el penetrado del «profond au jourd' hui», título que él diera a uno de sus primeros libros. Buceando en el electro-ritmo de la cosmogonía abstracta y en el de la vida objetiva, crea imágenes puras en su primera época y tipos kaleidoscópicos, como *Moravagine* y Bringolf, el héroe de su última obra, en la segunda, los que pasea vertiginosamente por los cuatro puntos de la tierra.

En este *hoy*, en el cual

todo cambia de proporción, de ángulo y de aspecto. En el que todo se aleja y se acerca, se acumula, vive, se afirma y se exaspera. En el que los productos de las cinco partes del mundo figuran en el mismo plato, sobre el mismo vestido, y en el que cada cual se nutre de los sudores del oro en cada comida, en cada beso...

Blaise Cendrars afina al tono de su diapason las quenias indias, las balalaikas rusas y las gaitas zamoranas para cantar el aire de todos los países.

—¿Cuál es la esencia más íntima—le pregunto un día—de este impulso suyo por coger todos los barcos?

—No es ciertamente la evasión romántica—es su lacónica respuesta—. Siendo para mí el mundo una representación, viajar es mi mejor manera de llegar a conocerme. Tal cual una mujer que se estudia prolijamente al frente de su espejo.

Es la reacción natural de un temperamento múltiple y cambiante necesitado de contradictorios escenarios para reflejar

las mil aristas en que se divide. Como un cuadro de Juan Gris. Mirando los paisajes y los seres desde la cubierta de un navío, los ve siempre en perspectiva de alejamiento o cercanía, crecientes o empequeñecidos a voluntad del motor mecánico, a cuyo ritmo va también el suyo humano.

Blaise Cendrars ha creado un tipo de hombre que rebalsa en la vida y un estilo apresurado en el que las escenas, situaciones y paisajes, luchan vertiginosamente por desplazarse. Bringolf es hoy huésped de honor en la Argentina y mañana en Heidelberg. Moravagine tan pronto enseña ritos amorosos a los indios americanos, como va a Moscú en impulso revolucionario. Es el tipo del hombre electrizado por el siglo, y en tal sentido la obra de Blaise Cendrars tendrá la repercusión de todo lo que queda como representación de una modalidad y de una época.

Al confesarme sus influencias literarias tengo en el primer momento un pequeño sobresalto. ¿Baudelaire? ¿Rémy de Gourmont? Pero, ¿qué puede sorprenderme? ¿Es que en su esencia más íntima no es Blaise Cendrars profundamente lírico? Lírico en el impulso y en el apasionamiento espiritual de sus poemas abstractos. En sus novelas y en sus aventuras hay ya un dinamismo más alcanzable.

Congregante de ese grupo intelectual que ha puesto tanta ciencia en vivir como en crear y al cual pertenecieron Lord Byron, Stendhal y Oscar Wilde, Blaise Cendrars anima cuanto toca y da un nuevo color a las palabras. Siendo un hombre casi feo en el silencio, se hace magnético en la expresión y en el sonido. Cine sonoro— despojado de los balbuceos y ya en estado de progreso—nos lleva de la Tour Eiffel al Congo Belga, de aventura en aventura, y de lo objetivo a la metafísica, como en una barca que cruzara el gran lago de Ginebra.

Es el primero de esos «têtes brulées», como él llama a su Bringolf y de cuya serie prepara una presentación. «Tête brulée» privilegiadamente excluida de las taras y de los estigmas, pero de una imaginación arrasadora que lleva a la vida más allá de su línea meridiana. Arrastrado por la lejanía, sin misticismo, marca la tierra con sus pasos. De él se ha dicho que conoce todos los horarios, todos los trenes y las correspondencias, las horas de llegada y de partida, todos los barcos, todas las «taxes». La Europa, la Rusia y las dos Américas. Ha estudiado ciencias, filosofía, medicina y música.

Yo he habitado durante doce años— cuenta entre dos párrafos—en el número 4 de la rue de Savoie, París (VI), pero he tenido siempre, y tengo

aun, muchos otros domicilios en Francia y en el extranjero. El 4 de la rue de Savoie me servía de «dépôt». Venía ahí entre dos barcos, entre dos trenes a vaciar mis maletas, a abandonar un hombre o a consultar un libro. Partía nuevamente despojado, más ligero, la cabeza plena, pero el corazón y las manos libres.

Iniciador importante del movimiento artístico más interesante del presente siglo, ha vivido entre músicos y pintores, apasionándose por uno y otro arte. Ahora está ahí sentado frente a mí en su casa de Hyères y mientras me habla de Morsowsky y Picasso coge un pequeño cuadro que hay sobre una mesa arrinconada y me lo muestra entre triunfante y nostálgico.

—Es un recuerdo de esos años anteriores a la guerra. Lo pinté una tarde en el taller de Adya van Rees, mientras discutíamos sobre cubismo y arte negro.

Es una tela que ha llenado con los colores puros, en tendencia abstracta.

Adya van Rees—holandesa de alma latina y de gran talento—me ha contado a su vez mil anécdotas de esa primera época de lucha y entusiasmo en la que Cendrars daba los grandes pasos iniciales, en un sentido de popularidad.

Era como un niño super-vital, de imaginación maravillosa—dice—. Siempre estaba en la cuerda extraordinaria. Un día nos anunció la lectura de su obra *El Transiberiano*. Llegamos al sitio indicado y nos encontramos en una pequeña pieza no más grande que un vagón de ferrocarril, llena de gente. El manuscrito no tenía un formato muy corriente. Constaba de una sola hoja bastante angosta. Así Ud. puede calcular su largo. Cendrars desenrollaba este papel interminable mientras leía a la luz de una vela. Piense Ud. en todo el interés que despertaría para que los asistentes de pie y apretujados no manifestaran el menor cansancio. Terminada la lectura todos teníamos la impresión de haber hecho de verdad el viaje extraordinario.

Después vino la guerra y Cendrars se fué al frente. Nunca olvidaré ese momento tan penoso de su vuelta. Habitualmente cuando llegaba a casa cogía a mis dos chicos sosteniendo uno en cada brazo. Ese día, uno hubo de quedar en tierra.

Miro ahora su manga que flota en el vacío y recuerdo la respuesta mordaz e inteligente que diera a Maurice Barrès, ante uno de sus desbordamientos de patriotismo vocal y literario, pidiéndole que hiciera una suscripción para comprarle el brazo que fué suyo.

Una vez pagado, y duramente, su tributo ciudadano, abandonó las trincheras para ocupar la tribuna intelectual desde la cual lanzó una serie de nombres que fueron los pilares de la nueva concepción del arte. Ellos deben a Blaise Cendrars gran parte de la comprensión que más tarde encontraron en París. «Si Rimbaud es el alma de la poesía moderna, Blaise Cendrars

es el pulso», ha dicho uno de sus infinitos comentaristas. Y un pulso que late aceleradamente marcado por la sangre precipitada y cálida. La sangre de los fuertes, de los vencedores y de los aventureros. Digo aventurero en su sentido más noble, poniendo sólo el horizonte de telón de fondo.

Mientras me relata sus aventuras en Ultima Esperanza y en el sur de la Argentina, yo lo imagino vestido con jubón de terciopelo, en una carabela del siglo XV, camino de la América, pero sus ojos pequeñitos parecen burlarse de mí, cual si me hubieran adivinado el pensamiento. «Yo soy un capitán tan solo de este siglo—argumentan reidores—para el cual el aeroplano ya va muy lentamente. Esos señores—descubierto ya su mundo—volvían a sus tierras a morir en paz, silencio y tranquilidad. Yo moriré a bordo de un navío o en una expedición a cualquier polo, sin darme jamás por realizado, y sólo me conformaré abandonar la tierra, el pensar que ¡tal vez! voy a explorar una vez más en lo desconocido.»—MARTAVERGARA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

EL PETRÓLEO PERUANO

EXISTEN personas que creen que el capital extranjero viene a América con una misión caritativa, cristiana. Según ellas debe dársele toda clase de facilidades, abrirle las puertas del país y permitirle que se lleve nuestra riqueza natural, dándonos por muy satisfechos con que dejen unos centavos en pago de salarios, sueldos e impuestos.

El estudio de la industria petrolífera peruana prueba, sin embargo, que las empresas capitalistas extranjeras vienen a América, no sólo para obtener el contralor presente y futuro de un elemento tan esencial en la vida de la industria contemporánea y de una importancia estratégica o militar decisiva, sino también porque obtienen utilidades pingües, que sobrepasan a cualquier otra forma de inversión.

Tales reflexiones adquieren rigurosa actualidad y suma importancia en una época en que el Perú está atravesando por aguda crisis económica, cuando el Estado se encuentra a un paso de la falencia, en momentos en que la pobreza y la miseria se extienden por el país, que, desesperado, busca afanosamente la manera de aumentar sus recursos. No cabe hacerse ilusiones respecto a la posibilidad de una inmediata política impositiva